

DE DRONES Y MENTALIDADES: ¿CIBERPOLÍTICA DE COLECTIVIDADES?¹ OF DRONES AND MENTALITIES: MASS E-POLICY?

Jahir Navalles Gómez ².
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Área de Estudios Rurales y Urbanos.
México.

RESUMEN:

Este artículo presenta un análisis de la cibercultura y sus implicaciones en la vida personal y colectiva.

Palabras clave: cibercultura, ciberpolítica, colectividades

ABSTRACT:

This article presents an analysis of cyberculture and its implications for personal and collective life.

Keywords: cyberculture, e-policy, collective life

PREÁMBULO

El escenario desplegado de las cibercultura es tan amplio que nunca se logra ver el final del horizonte. Es embelesador y aterrador al mismo tiempo. Y es que pareciera que existen tres emplazamientos que cuentan con las mismas características: el cielo, el infierno y el ciberespacio. En toda su magnificencia virtual y con todo su ocaso de la realidad. El ciberespacio, inmerso y desplegado a partir de esa parábola que lo sugiere como un océano de información, parece que la adopta porque es ésta la más afortunada de todas aquellas que pretenden describirle. Metáfora derivada de una literatura que se aterraba con lo indescriptible y con lo inabarcable (cfr. Canetti, 1960), con aquello que no tendría reglas que seguir. Si a esto le aunamos la relación existente con las tecnociencias, las herramientas artefactuales y el pensamiento social que de ello se desprende, pareciera que ésta sumatoria es por demás una obertura hacia una no nueva, si no distinta aproximación a la misma realidad que se intenta describir, armar, consolidar, transformar (vgr. Aronowitz. Martinsons & Menser, 1996).

Y sucede a diversos niveles, o mejor dicho involucrando disímiles preocupaciones, las más comunes las relaciones cara a cara, su distorsión, su disolución; otros escenarios, la relegación de los cuerpos y de las distintas exploraciones de las sensaciones, su amplificación y exposición mutable, por mencionar algo; aunque hay otras aproximaciones que se involucran en la construcción de redes y palimpsestos virtuales,

¹ Recibido 26 de septiembre del 2010. Aceptado 29 de septiembre del 2010.

² E-mail: jahir.n@gmail.com

en el mantenimiento de nuevas líneas de comunicación y en la consideración progresiva, benéfica y académica de las virtudes de lo virtual, de las esperanzas de la tecnología, lo cuál puede discutirse en su apartado ético, político y colonialista, y cuyo posible slogan de campaña sería, “las nuevas tecnologías son buena onda, no muerden, no hacen daño, son apolíticas, son nuestras amigas, únete a las nuevas tecnologías”.

Como sea, y más allá de una inicial mini-campaña de publicidad y mercadotecnia por las nuevas tecnologías, cada escenario, episodio o escena que se despliega a través de la cibercultura y su relación con los apartados tecnocientíficos están orientados a los beneficios que pudiesen emerger de las mismas, de las virtudes y “nuevos” escenarios, allende la dinámica enquistada y ultra didáctica de las asistencias mediadas virtualmente, de las redes y flujos de información en constante apertura y difusión, del conocimiento libre y abierto y de las consecuencias políticas que de ello quedarían expuestas (vgr. Castro Nogueira, 1997), de ultraderecha rampante al referirse a la defensa de la privacidad y de lo políticamente correcto; de izquierda militante al impugnar contra la censura y las restricciones sobre la distribución del conocimiento. Como quiera, al ahondar en el océano de información –en sus islotes y archipiélagos éticos- expuestos y magnificados día con día, cabría resaltar algo, esto es, el hecho de que todo ello tiene un halo encantador y apabullante, deslumbrante si se pretende exagerarlo un poco más, lo cuál es una lástima cuando todo eso se compromete al pensarlo detrás de un teclado y de cara a un ordenador. O al maximizarlo en las múltiples pantallas, gadgets, softwares, realidades alternas e interconexiones que se despliegan y se vuelven apostilla de los avances acaecidos (Oguibe, 2002). Afortunadamente, a esto no se reducen los escenarios y observaciones de la cibercultura y las tecnociencias.

Como quiera, todo esto es el bosquejo de un proyecto, complejo por excelencia, pero no totalmente inescrutable a partir de algunos emplazamientos y tránsitos distintos, cuyas consecuencias históricas, públicas, políticas, han permeado y continuando delimitando al pensamiento que las piensa y las pensó, y a las prácticas sociales, estilos de vida, en los que ha devenido.

Más allá de “la compu”, del “ordenador”, del desfile de gadgets innecesarios, más allá de “la red”, las fronteras ontológicas de la cibercultura se recrean en cada uno de los vínculos que se exhiben a partir de la reintroducción, asimilación y simulación de flujos y limitantes a los mismos (Serres, 1994; Castro Nogueira, 1997), por ejemplo, se “está” en la red o no existes, seas persona, personaje, revista, lector, público o consumidor; estás “conectado” o no, estás “in” o estás “out” (Oguibe, 2003, p. 137); empero, es a partir de las prácticas que cotidianamente desarrollamos o mejor dicho, transitamos, donde implicados en una relación artefactual, dual, borrosa, posthumana, transhumana, pasamos de ser ciudadanos a imágenes frente al televisor, concebimos una sociabilidad “ciber” y renegamos de la sociabilidad práctica, pasamos de ser transeúntes a ser registros, visitas y/o estadísticas, dejamos a la colectividad para identificarnos bajo un número privado y personal, el ciudadano se ha tronado usuario, nos inmiscuimos en un fenómeno o acontecimiento al querer ver pero sin dejar que nos vean, nos despersonalizamos y asumimos chabacantemente un “alter” que pareciera sabe, conoce y expone más que cualquier alusión “real”. Difundimos y criticamos, polemizamos y contraatacamos a los que no lo hacen, pedimos lealtad a los cibernautas que como nosotros, construimos una “realidad” distinta.

Lo que a continuación intento discutir es un recorrido a partir de esas mismas prácticas, y del pensamiento que con estas se despliega, un pensamiento gestado en el largo plazo, en la cotidianeidad, mismo que contrasta con la velocidad imperante y exigente con la que se intenta justificar, explicar y acumular las versiones y relatos que de la tecnociencia y la cibercultura se dicen.

Esa es la referencia a la mentalidad de los drones, con la cuál estaré acudiendo con un mucho de cautela a esa noción antiquísima al interior de las reflexiones históricas, las mentalidades (Bouthoul, 1966), y que desde sus orígenes se ha caracterizado por esas “maneras de pensar y de sentir”, como les llamase el historiador Bloch (1924), y que en lo personal refiere de manera sencilla lo que en ese constructo se derivaba. Siendo ya un término tan discontinuado o devaluado por las ciencias humanas y sociales, que se puede reintroducir a partir de un fenómeno y de las prácticas contemporáneas, estilos de vivir y de actuar, que se derivan del pensamiento mismo de la sociedad.

Las mentalidades son una atmósfera envuelta de cotidianeidad, ubicada a mediano o largo plazo, pueden tornarse manifiestas en una irrupción o en el propio pensamiento social (Bloch, 1924), pueden ser completamente afectivas, pueden ser racionales, “la mentalidad constituye la síntesis dinámica y viviente de cada sociedad” (Bouthoul, 1966, p. 11), tienden a ser versiones ideales aunque nunca consigan ser exclusivas, son creídas, van en aumento, y aún así se disipan, día a día, o período tras período, colectividad tras colectividad.

Por el otro lado, se ubica la noción de drones, una noción hecha desde la óptica del urbanista Paul Virilio (1997), quien ha invocado certeras discusiones al escenario de la ciberculturas, a raíz de la imposición constante de artefactos autómatas, así como de la noción de la dromoscopia (1995; 1997; 1999), la descripción de la velocidad virtual y real en la que estamos inmersos en nuestras relaciones sociales. De la televigilancia y de los efectos de creación de seguridad, pánico, control, orden, seguimiento, que a partir de una cámara, un registro, una identificación sospechosa o intencionalmente errónea se despliegan. Un dron es un objeto técnico que regula comportamientos y disposiciones a la acción. Un dron crea distancia y control.

Y los escenarios donde quedan expandidos van de lo más público y político hasta lo más íntimo y personal, sin que esto sea una salida fácil a este embrollo tecnocientífico que queda expuesto, la intención es reflexionar sobre un pensamiento a largo plazo que se consolida a partir de las prácticas tecnocientíficas del día a día, y de la asunción de cada uno de los aparatos, de los vínculos que crean o de la reflexividad en la cual se inscriben, dinámica de actantes cotidianos, a la manera de alguna vez sostenida por el sociólogo Bruno Latour (1991). En efecto, el pensamiento y los actos que encuentran refugio en el mismo, a raíz de su velocidad de exposición o de manifestación, de su uso o de su tránsito, de su vinculación o desvinculación, o invocados a partir de su práctica y asimilación social, son parte de lo que intentaré acuñar como la mentalidad de los drones, ensayando y acudiendo para ello a ejemplos o escenas extraídas de la realidad urbana, citadina, transitable e irremediablemente negativa y sufrible. Aquí no hay estudios de caso, no hay muestras ni referencias a ninguna población conectada, simplemente –y con todas las reservas posibles- es la exposición de un devenir anclado en el largo plazo, que podría volver comprensible la velocidad de liberación en la que estamos viviendo.

“Velocidad de liberación” la llamaría el urbanista Paul Virilio (1995), y consistirá en la descripción del acceso a los eventos y las informaciones producidas en “tiempo real”, ahora las noticias se ofrecen más allá de la primera plana, ahora son realidad, ya no hay tiempo para discutir las, para reflexionarlas y mucho menos rumiarlas, los rumores ya no son a destiempo, ya no hay lugar para su modificación, resta o adición de detalles que en el tránsito de un lugar a otro sucedía, ahora, de lo que sí son acreedoras es de su discontinuidad, de su efímera actualidad, de que sólo sirven para creer en éstas por un ratito.

Cualquier cosa es posible, pero sólo será comprensible a partir de la reflexión, crítica y comparación con los marcos culturales e ideológicos de los cuales se dispongan. Siendo estos permanentes o efímeros dependiendo del tiempo de exposición, de asimilación, de intercambio de códigos, de sentido.

Las creencias siguen siendo colectivas, pero se han uni-personalizado, se busca saber quién la dijo primero, y eso ya no es un rumor. Ahora imagen y slogan, la noticia como mercancía u objeto moral de valor, sustentan las ideologías de la cohesión, de la coerción hacia una realidad con la que se estará de acuerdo o desacuerdo a partir de las visitas en “tiempo real” que se hagan, del seguimiento informático de las mismas, de los posts cibernéticos, del pensamiento rizomático que se estandariza de la mano ya no de la politización, si no de la ideologización del medio, el acontecimiento ya no importa, sí su difusión.

La tensión y el suspenso anclado en lo que es posible –y permitido- creer se re-crea a partir de la dispersión del acontecimiento vuelto espectáculo:

Las distintas horas de las distintas regiones mundiales se convierten en la única hora mundial normalizada y normalizadora completamente interrelacionada, y ello no sólo porque a través de los modernos medios de comunicación se pueda producir “virtualmente” la simultaneidad de sucesos no simultáneos, de manera que cada suceso no simultáneo [...] se torna parte de la historia mundial, sino también porque la simultaneidad sincrónica se convierte en no-simultaneidad diacrónica y de esta manera, se pueden producir cadenas artificiales de tipo causa-efecto (Beck, 1997, pp. 42-43).

Todo evento contiene su explicación a partir de su localización en el escenario global. Y su *deslocalización* es parte de su incógnita o clandestinidad (op. cit.). Ese es el misterio de la realidad/creencia mediatizada, su transgresión de las fronteras físicas, su transmisión en cada una de las cadenas y hogares locales, su transición entre las conciencias individuales, su dispersión en los relatos informales.

Tener acceso o no es una de las paradojas al invocar la libertad del ciberespacio, donde la igualdad sólo existe a partir de estar inmerso en su lenguaje y en sus prácticas cuasi diarias, de actualizarse y de reinventarse a partir de las miradas ajenas y de los comentarios semi-públicos que cada cual restringe a su propia interpretación, eso es parte de la descripción coloquial que cada cual ostenta; la renovación de toda personalidad ficticia es una impaciencia colectiva por ser más, ser mejor y actual que los otros que compiten en esa carrera informática, eso hace que los episodios virtuales que invocamos se regeneren en tiempos distintos, de ser cada año, mes, día, pasan a ser reeditados cada hora, minuto, segundo.

Y antes de que este preámbulo se vuelva demasiado largo y así pierda su sentido, y en estricto apego a la velocidad de su recorrido, quisiera iniciar ésta exposición a partir de una metáfora, la metáfora de...

El Mito de Superman y la Construcción de las Fortalezas de la Soledad

En la mitología de la literatura del cómic, existe un cierto personaje que ha fascinado a generaciones completas, y que más allá de su mención en una película de Quentin Tarantino, por su intermediación parece que la clasificación de la humanidad ha devenido en humanos de primera y de segunda clase, los normales y los supermanes, los superhombres que en nada tienen que ver con lo dicho por Nietzsche, esta clasificación considera como parte de su trasfondo la exposición de las virtudes y de las diferencias entre aquel y los otros, cuya primer diferencia sería el hecho de no andar con pijama durante todo el día, como sea y más allá de las bromas que se puedan desprender, y de regreso a la mitología que lo sustenta, ese tal supermán, para diferenciarse de los otros, y con la intención de tener un refugio para sí mismo, creo, con una egoísta o personal intención, un espacio llamado la fortaleza de la soledad, cuyas características principales fueron la auto exclusión de la realidad en la que él mismo estaba viviendo, algo que no está muy alejado de lo que los adolescentes, los cibernautas, los paranoicos de la vigilancia y todo aquel que tenga cola que le pisen, hacen y piensan.

La construcción de un espacio personal es la referencia a la selección de vínculos y a su vigilancia constante, a su permanencia bajo los criterios propios, inmerso en un cierto dispositivo de resguardo, de vigilancia perpetua y de renovación constante de la información que ahí se exhibe, se banaliza o se vuelve por demás relevante a la hora de cortarse las venas con galletas de animalitos, sea porque alguien la vio, alguien la criticó, o ese mismo alguien la ignoró.

Esa fortaleza de la soledad se escenifica en los más diversos emplazamientos, desde los más públicos hasta los más íntimos, desde las ciudades hasta los blogs personales, donde la soledad y la exclusión se tornan manifiestos a partir del tema de convocatoria o de discusión, donde el “yo” existe a partir del termómetro del “otro generalizado”, donde los públicos se reconocen como tales y no como audiencias beligerantes, y donde cada irrupción puede ser controlada, contenida, resguardada, reseteada, a saber.

Por ejemplo, todas las ciudades tuvieron su razón para ser edificadas, pero a la vez en cada una de estas se remonta la latencia de su propio derrumbamiento, de su conveniente destrucción. A decir de Henri Pirenne, un historiador, las ciudades aparecieron cuando las murallas a su alrededor fueron levantadas, lo cual implica refugio, cobijo, pero a la vez impone el destierro, la exclusión, y por supuesto, de la mano de todo ello, viene la categorización de cada uno de los involucrados e interesados por defender y acudir tanto a ese refugio, de ese resguardo comunal y de su posible expulsión del mismo. Lo cual sólo es posible cuando tienes los recursos para ID-entificarte, ya sea como un ciudadano, como un miembro de cierta organización, como alguien ajeno a todos los otros, creando las distancias suficientes para asumirlo como un proceso lógico de civilización y diplomacia personal.

Automatización y vigilancia socio-urbana

Las normas a seguir son parte de una creencia colectiva que permea en cada uno de ellos, para ser habitante y ciudadano, para ser transeúnte o sujeto social, para ser sospechoso o anónimo, para transitar entre fronteras o para ser excluido de un territorio material o simbólico según sea el caso o la

conveniencia. Se es o no, a partir del ostentar un pasaporte, un blackberry, un automóvil, cuando tienes Wi-Fi, o cuando el mismo lugar donde te habrías establecido tiene “conexión inalámbrica”; cuándo se une a causas filtradas y enarboladas vía facebook, cuando se sabe de otra persona hasta la saturación gracias a los mensajes de texto que nos envía, empero de las normas sociales de sana convivencia se desprenden una serie de acciones de exclusión y reintegración constante, escenas que se despliegan a partir de la vigilancia constante de actos, discursos, acciones, emplazamientos y reuniones de significados, gestos, retóricas autoritarias, prohibiciones, imposiciones de artefactos y de su justificación ergonómica. Algo que Simmel (1902) reconocía como parte de la “cultura externa”, y cuya ilustración se ubica en el Berlín de sus tiempos, y que se tornó la característica central de la vida urbana, a saber:

“Si únicamente los relojes de Berlín se desincronizaran por tan sólo una hora, las comunicaciones, la vida económica de la ciudad toda se derrumbaría parcialmente por algún tiempo. Amén que un factor meramente externo, las grandes distancias, traería como consecuencia que toda espera y toda cita rota resultasen inaudita e insoportable pérdida de tiempo. De esta forma, la técnica de la vida metropolitana es sencillamente inimaginable sin una integración puntualísima de toda actividad y relación mutua al interior de un horario estable e impersonal”

Ese antecedente teórico no está por demás alejado de la vida actual, esto es, cuando vivimos y transitamos en una ciudad donde las distancias son pequeñas pero el tiempo para recorrerlas depende de las nuevas vías, atajos, horarios propios y personales, de que el metro llegue en el tiempo requerido, de la puntualidad de los otros y de que la realidad se adecue a nuestros principios y reglas de urbanidad. Y la puntualidad, deja ya de ser una mera cortesía, se vuelve entonces un dato que determina los vínculos a establecer.

Velocidad y distancia pueden obviarse cuando uno no sale de casa, así también las cortesías y buenos modales, y ahí sí, uno puede estar todo el día con pijama. Al final, es la latencia del resguardo lo que crea la inter-conectividad, empero, se puede decir que se está “socializando”, no se están ampliando los horizontes sino que se están consumiendo informaciones, mías, tuyas y de todos, se está transitando por territorios que puede que no causen ningún daño, porque esa tele-presencia en tiempo real y asistida condensa lo necesario para que se crea que entre virtualidades te veas realidades –educativas, políticas, sentimentales- construyes.

La soledad se construye socialmente, eso, a reservas de un debate sobre la saturación social y la desoquedad, puede ser una primer conclusión sobre el papel que los drones juegan en el establecimiento de vínculos y escenarios virtuales, a nivel público con la regulación de cada actividad que se realiza en ese emplazamiento, por caso, la campaña publicitaria que en meses pasados ha expuesto el metro de la Ciudad de México, donde la instauración de cámaras de vigilancia en cada una de las estaciones, se vuelve el logro progresista de esa institución y medio de transporte, así cada uno de los ciudadanos que acude a ese medio se ve impelido comportarse de determinada manera, y sin chistar ante la intromisión de su propia transición. En lo personal, se me hace por lo demás incómodo el hecho “subir” por las escaleras eléctricas y toparme de frente con una cámara que, sin saber que está en funcionamiento o no, no me permite rascarme la cabeza, extraer un desecho corporal, o simplemente tornar la mirada hacia lo que bien me venga en gana. Eso es lo que generan los drones, disuasión en su más discreta expresión.

Como dijera Bauman (2006), un autor que según un buen amigo hasta el agua la ve líquida, parece que la categoría de sospecha pesa sobre cada uno de nosotros, y del daño latente que podría ser creado y recreado a partir de un comportamiento y actitud anómica, y la telepresencia y la televigilancia son las heroínas de esta historia de aterradores y posibles finales, donde cada uno de esos objetos técnicos aporta la información para la categorización social de él o los susodichos, empero ¿qué pasaría si, transitáramos buscando el punto ciego de la cámara?, ¿qué pasaría si nadie se dejase filmar y auto-vigilar?. ¿Qué pasaría si atentáramos contra cada una de las cámaras? En realidad nada, serían reparadas o en el más real de los casos, la vigilancia constante ya está tan entremezclada con la vida cotidiana que no es necesario encender la cámara, está podría ser una caja de cartón y causaría el mismo efecto, porque bajo la vigilancia de la mirada del prójimo los juicios y las categorías sociales siempre estarán presentes. Simmel, otra vez, se anticipó a esto:

“Con una existencia constantemente amenazada por los enemigos cercanos y lejanos, la ciudad antigua desarrolla una estricta coherencia en lo político, impulsa la supervisión de un ciudadano por otro, apoya un gran celo de todo contra el individuo; el cual ve suprimida su vida particular a tal grado que sólo podía compensarlo actuando como tirano en su propia casa”.

Lo que todo esto replantea, coincide con un argumento que ya Iuri Lotman (1998), un semiótico olvidado en las ciencias sociales, habría entresacado a partir del hacer una semiótica del miedo, tomando como instantánea histórica, la caza de las brujas, que entre rumores, comidillas, envidias y por demás, pero ante todo, bajo la creación constante del miedo y de los pánicos colectivos, y que entre las justificaciones entresacadas de su aproximación semiótica, se señala que la sospecha hacia el otro, no puede ser reducida a lo que se ve, hay una especie de intangibilidad que hace que siempre exista una vigilancia constante al actuar, pero ante todo al pensar y sentir de los demás. O como él mismo lo dice: “Acusación significa condena”.

Sin embargo, en el ámbito del Messenger, una cámara de video acuña una transgresión distinta, ya que con la venia del otro, con esa invitación “personalizada”, uno puede inmiscuirse y seguir haciendo juicios morales y narrativas comportamentales, puede obligar al otro a exponerse, al fin y al cabo “nadie lo ve”, eso “queda entre nosotros”, y por supuesto que con el permiso concedido se adquiere la posibilidad de capturar esos instantes virtuales. Es así, que el registro de la información del otro, se gesta –posiblemente– como una estrategia de poder sobre el otro.

¿Cómo acotar esos escenarios?, es necesario llegar a esos extremos, pues pareciera que de primera impresión nadie estaría de acuerdo en restringirlos, pero eso sí cada quién tiene su password unipersonalizado para “accesar” a lo que él otro es, y su robo, plagio o intromisión parece estar moralmente penalizado pero no legalizado. Por supuesto, ubicando a instancias como el FBI, la CIA, la KGB aparte.

El robo de información vía bluetooth parece que es la nueva modalidad que existe de extensión de fronteras, más aún cuando hay expertos que sí lo saben hacer y el neófito que simplemente compró el teléfono o ese dichoso artefacto pues porque estaba bonito, sin conocer o responsabilizarse de lo que

entre sus manos o en sus bolsas sobrellevaba. Parece que esa dinámica del bluetooth es la fusión de la sociabilidad y de la discreción por excelencia, esto es, ya no hay que exigirle al otro su presencia o involucramiento de forma manifiesta, como es que le hacían los que a las multitudes convocaban, ahora se puede hacer de manera personal y sutil, cualquiera puede ser invitado, sólo hay que contar con el dron adecuado, lo que implica que se da una transición...

De la sugestión a la disuasión

Aunque este apartado también podría llamarse algo así, “como mantener a raya a una multitud –y a todo lo que ésta representa- y no morir en el intento”, y es que parece que, como en algún momento lo señalase Sloterdijk, las multitudes ahora son virtuales, lo cuál implica que las formas de pensarlas y concebirlas son distintas a la retórica que las amparo en la transición del siglo XIX al XX, y que a decir ya no del multi y malcitado Gustave Le Bon, pero ante todo de los precursores de un campo que las ciencias sociales contemporáneas han descuidado, esto es el de la psicología colectiva, es desde esa literatura donde se intento configurar el trasfondo de una multitud, y para esto el papel que le adjudicaron a la sugestión se volvió imprescindible, a decir de los italianos Scipio Sighele (1891) o Pasquale Rossi, y es que la sugestión era esa capacidad para que las multitudes fueran encauzadas hacia un determinado fin, y cuya definición podría pasar por ser una calamidad, un desastre o una bendición.

Allende lo dicho por esa psicología colectiva, por esa literatura que los historiadores recuperaron como literatura de las multitudes, es de donde se desprende la noción de mentalidad, y que era/es la referencia a la irracionalidad de los actos y de los destrozos, justificación de los levantamientos y ocupaciones, algo que sólo podían realizar esa entidad indescriptible que tomaba las calles y los caminos, y que saturaba con sus expresiones lo que de inconformidad a la realidad le veían.

El hecho de que una comunidad completa se vea amenazada, transgredida o manipulada, y que el miedo, el pavor o el pánico sean difundidos mediáticamente reelaboró las investigaciones sobre los fenómenos colectivos, el control y el orden ahora serían una cuestión de acceso; así, los dos escenarios que planteara Stoetzel (1970), los linchamientos, las catástrofes, se verían complementados con los estudios sobre opinión pública, los sondeos, el seguimiento de una información, o noticia, su descripción y su desvanecimiento como un rumor.

La psicología de las multitudes devino una psicología de los grupos (cfr. Mailhiot, 1972; Gil y Alcover de la Hera, 1998), una aproximación que facilitaría el control y las explicaciones de esos fenómenos psicocolectivos, empero, la fama de las andanzas de las multitudes y de lo que les convocaba pasaría a un segundo o tercer plano, al fin ya una descripción de las mismas no se necesitaba, la disolución fue inminente.

Las multitudes se reconsideran como públicos, como radioescuchas o como televidentes, como espectadores también, como oyentes, como meros asistentes parapetados en algún lugar, a tiempo para reafirmar la presencia o existencia de algo o alguien, de un líder o de un acontecimiento local, nacional o

mundial; hegemonía en el pensamiento social que da en que creer, valorar, nombrar, sufragar, catalogar, desechar.

La velocidad de difusión se vuelve primordial, para todos los gustos habrá algo que ofrecer y manipular, los medios requeridos para que esto suceda se multiplican, se dividen por rubros, temáticas, estéticas, emociones, grupos, ideologías, clases, preferencias; la creencia en algo ya no es única ni universal, ya no es medieval, ni tan moderna, es, por la misma inercia de la dispersión y de la divulgación, hipermoderna.

Algo que con cierta semejanza sucede desde la aparición de cualquier medio de comunicación, ya que a través de esos, las multitudes fueron disolviéndose, o dicho en argot académico, conceptualizándose o banalizándose con jerga técnica e individualista, las multitudes ya parece que no existen, no como las conocimos en la literatura, por ello es que es sorprendente y encantador ver una en vivo y a todo color, ahora parece que la sugestión se torno sutilidad y personalización, y por esta razón las multitudes han sido transformadas. Por que la manera contemporánea de pensarlas puede que sea distinta.

Si lo es o no, es parte de otra historia, más aún cuando esa sugestión ya no lo es tanto, y pasa a escenificarse de individuo a individuo, de grupo a grupo o de ocasión en ocasión, como la disuasión de los actos que se realizan y se realzan, ahora el tránsito, el fluir y la actividad multitudinaria, tiene que apearse al dron que la acompaña, por ejemplo, los torniquetes en el metro, los semáforos tan didácticos que piensan con un monito verde ejerciendo la actividad de caminar, es guiada por altavoces, es recluida en espacios restringidos y señalados, y es dispersa a partir de incluirla como un beneficio computarizado. Ahora se es parte de la multitud entre más o menos se esté conectado.

¿Cuántos rostros expone una multitud?, ¿cuántas voces comparten su grito?, ¿cuántos individuos vienen y van con ella?, ¿cuántas muecas, cuántos cuerpos, cuántos miradas amparan sus gestos? Posiblemente la respuesta –aunque no sea la esperada- sea ésta, la de acuñarse como un sinfín que se multiplica, una media que les mantiene, una nimiedad que se desvanece.

Y puede ser eso, pero puede ser más, o consigue ser diferente, o extraña o ajena, sabe ser petulante o ser arrogante, se permite traspasar barreras o romper corazones; y aún así reaparecer sin mucho apremio años, días o minutos después, en un andar que les guarece, en un segundo donde se confirme su asistencia o su evanescencia, recreando o rememorando, ajusticiando o sojuzgando, y también calla y otorga, aunque en ocasiones vocífera y sin embargo, si fuera necesario en silencio total se quedará.

Por ello es que ha sido una entidad fascinante a través del tiempo, porque independientemente de las latitudes, de las leyendas que le circunden, de los relatos y parafernalias que devengan su recuerdo, las semejanzas y las coincidencias entre una y otra, a nivel coloquial o erudito, a nivel moral o afectivo, sugieren que no han desaparecido, porque continúan siendo parte, ilustración o interludio de la vida social. Secundan una ilusión, parafrasean una realidad.

Una de las tantas maneras de aproximarse a ésta se dio por la intermediación numérica, porque un día sucedió que al voltear la mirada no era solo uno el personaje extraño, desaliñado, inconforme, primitivo,

irracional, inconforme, errante, aguerrido, que solicitase que se le escuchase, y esa fue la primer sospecha, y de ahí en adelante la tendencia fue a contar, para saber el número exacto, para saber que es lo que en su contra se podría hacer, y lo primero sería el minimizarlos, y en respuesta surgiría una voz que dispondría “¡somos muchos y seremos más!”, siendo la oración una sentencia, porque el temor de la propia sociedad hacia lo que la sociedad manifestaba le hizo concebir múltiples formas para aplazar, para prohibir, para no permitir que los híbridos que surgirían de su ser se presentasen.

Sin embargo, estos se fueron entrometiendo en el actuar cotidiano, desde la vida social a donde nadie miraba, ya que parecía que se estaba más preocupado porque se presentaran todos juntos y al unísono, de ello se ha escrito, i e., cuando abordó la dinámica social haciendo una crítica al pensamiento conservador, o señalando cual fue la práctica común para emplazarlos, esto es, bajo leyes, normas y reglas sociales a las cuales estos debían de apegarse, y si, en respuesta, serían eliminados/excluidos, relegados/ocultados (Bauman, 1998), las aglomeraciones estarían sentenciadas de antemano y la presencia de las muchedumbres acarrearía consecuencias para todo aquel que formara parte de ellas.

Pero la vida cotidiana, ese escenario imperceptible de la vida social, fue generoso con toda exposición/exhibición que tiende al posicionamiento público, dio cobijo a los desadaptados, a los desdeñados, a los extravagantes, que andaban flotantes en su transcurrir. Y les otorgó nombres y apellidos, que se han convenido y acordado, algunas veces también han corrido con suerte y han sido recordados, otras, no quedo más remedio que olvidarlos, fue así que aparecieron los ecologistas, las feministas, las radicales, los hippies, los yuppies, los universitarios, los nacos y los vándalos, los muy-muy femeninos, los que defendían los derechos humanos, los “sin-tierra”, los guerrilleros y los que por buenas causas se volvieron activistas, invariablemente los dreadlocks, en consecuencia también los anarcos, los zapatistas y los neozapatistas y también los obreros no sindicalizados, los admiradores de un grupo o artista y no cabe duda que también los que se volvieron fanáticos.

Y entre los límites se fueron colando, ya fuera de uno, ya hubieran sido varios, los muchos se quedaron atrás pero nadie los olvido pues continuaron permeando las conciencias, se volvieron referencia y hasta la fecha todavía se cree y se gestan planes para cuando se presentan abruptamente, indudablemente las multitudes contraatacan. A esos muchos se les llamo masas, turbas, chusma, y para la psicología social serían su “objeto de estudio” más fantástico, y transcurrirían en la disciplina algunas veces siendo vapuleadas, otras convirtiéndose en un best-seller.

La época contemporánea se gestó al paso de las multitudes, a las que tomó como pretexto para enquistarse en las conciencias y disponer de esos comportamientos masivos, a veces inmediatos, que confundió con automáticos, porque se hizo creer a los incrédulos y a los creyentes, que a las multitudes, y a los sentimientos que las componen, se les podría manipular, ahí fue donde Freud (1947) se equivocó, las multitudes son incontrolables, no se sabe cuál será su última reacción, y ni idea de qué es lo que piensen en sus adentros, porque en éstas no hay homogeneidad, las multitudes pueden convocar brutos pero no está hecha de borregos, y mucho menos de soldados, por la sencilla razón de que el orden y la obediencia ahí sí que sería evidente, y porque éstos están en la búsqueda y reivindicación de un líder.

Los ejemplos que da Freud son equiparables a los de George Lucas con sus clones, en sus series de ciencia ficción, de igual forma las masas de las que habla son como esos muertos vivientes, zombis come-cerebros, protagonistas estos del cine gore; y sí, es posible ubicarlos al mismo nivel de la literatura fantástica de la cultura pop, no porque no sean deliberaciones serias, pero en serio que a Freud –por más que escribiría de todo y de nada- no se le dio en este apartado letrado propio de su época una sencilla conclusión: las multitudes son pura afectividad colectiva.

Y es que una multitud no se hace sólo porque un individuo lo diga, ni porque las piense con todo ahínco, de ésta se sabe cuando ya pasó, y son netamente producto de la imaginación, no de la de aquellos que sobre ésta escriban (Muñoz y Vázquez, 2004), sino de las crónicas de aquel que dice que sí las vio.

Parapetada en las calles o sobre las avenidas, inundando los trazos urbanos, coincidiendo con estos, siendo la corriente –heroica, maligna, desafiante-que los recorre, omitiendo los puentes, las aceras, las puertas, los torniquetes, que se crearon para darles sentido, orientación, pausa y control. Pero la multitud los transformó en obviedades, y por esa razón se siguen creando artefactos que permitan registrarlas o contenerlas, como las cámaras de vigilancia en las sociedades modernas, como los boletos de acceso a un concierto, como las tarjetas de crédito, tarjeta de presentación en la globalización, sin olvidar los módems y la interconectividad, como los asientos reservados, como los pupitres escolares, y como la moda que a todos les acomoda, y que también nunca se detiene.

Plétora de materiales que intentan preservar afectividades, cuya intención es su consumo, su desgaste, su saturación, que pretenden llevar registro de aquello efímero que se dice sucedió. Sólo así puede existir y develarse como realidades. Pero como están ancladas en distintas temporalidades, eso se vuelve imposible, ya que las multitudes son repetitivas, les gusta lo mismo de siempre, y eso no le sucede a la tecnología que se destina a su contención, porque cada vez es más específica, selectiva e intolerante.

En la cibercultura y bajo el resguardo del “tiempo real”, las palabras se vuelven imágenes, las imágenes recubren pensamientos, los pensamientos se describen como si fueran universales y lo universal de las polémicas y la opinión pública se remite a los sentimientos dispares. A la individualidad y no a la supraindividualidad. Así, cada personaje, cada grupo, comienza por proponer y postularse buscando la interlocución del otro, de los otros, dándole coherencia a lo que se dice, intercediendo por lo que se ha visto, por lo que se ha escuchado, contra aquello con lo que no se estaría de acuerdo, es así que esas mismas imágenes, pensamientos, sentimientos se fusionan ya sea por ese instante que dura la conexión.

Formas y rostros, réplicas y contrastes, en la multitud se convocan, se distorsionan, se exigen y se aclaman, al unísono o parte por parte, donde cada instante es distinto, porque las emociones que les amparan se entrelazan, se van esparciendo y en un segundo antes de finalizar, se disipan y eclipsan unas con otras, para que en una venidera ocasión emerja nuevamente con la misma intensidad con la que se hizo extensiva por el tiempo que fue real y accesible a cada uno y a cada cual.

Se cree que lo que se ve es lo mismo, se dice que todos estaremos “ahí” para mantenernos informados, pero la idea básica de un pensamiento y sentimientos colectivos no se concibe detrás de una pantalla, las comunidades virtuales no logran hacer nada más que difusión, rápida eso sí, veloz como la selección, pero

esto no es más que una versión cortante, de retazos de vida social que se cree se pueden homogeneizar, cortar y pegar, sin discutir, sin reflexionar.

Y eso a la hipermodernidad se le olvido, o su interés se enfocó en manipular los recuerdos, las creencias, las costumbres, la afectividad colectiva. Las creencias colectivas son el trasfondo de las mentalidades. Algo pasó que al no poder aproximarse a las emociones que eran desplegadas en los tumultos, en la algarabía de una manifestación, quiso desmembrarla, hacerla pedacitos, contar cuántos fueron los que habrían asistido, porque ya era el individuo el que importaba, con el que se podía razonar la situación, al que habría de convencerle de ya no participar, de no hacer olas multitudinarias, de mejor recoger sus sentimientos y llevárselos de regreso al hogar, y desde ahí ver, aceptar o criticar lo que se le dice que es posible, la realidad fue entonces mediatizada.

Los cyborgs llegaron a la par de las mentalidades que les justificaron, ya no como esas ficciones cristalizadas en la “vida real”, sino como escenarios y contenedores de desterritorializaciones, opresiones, exhibiciones, manipulaciones informáticas, justificaciones de poder y control. En días pasados (01/08/2010), Naief Yehya escribió: “Nada es hoy más universal que la fascinación-terror-repudio que nos producen las tecnologías *cyborgianas*, ésas que de una u otra manera funden lo humano y lo maquinal y borran las fronteras entre lo biológico y lo fabricado”. Coincido con esto, y agregaría que con esas alusiones cyborg la realidad se vuelve manejable y las mentalidades, lo que es posible creer y validar en la creencia, se transforman “arte-factualmente”, hechos sociales con su propia estética, la de la modernidad (orden/progreso) y la hipermodernidad (distancia y velocidad).

Es una tristeza que ahora se confunda una multitud con redes sociales, que la acción colectiva se vea reducida al estar en pantalla, o reenviando links y patrañas a casi todos los comparsas, que la transformación o la indignación hacia cierta injusticia sólo sea multicitada, o mejor dicho, re-direccionada, vuelta post sobre post. Por supuesto, esto es solamente una inquietud que podría devenir polémica, y que en lo personal me permite esbozar una sonrisa macabra, puede que se le justifique y que las virtudes de la interconexión sean aplaudidas y vanagloriadas, con ello se está de acuerdo, lo que si se pone en tela de duda es la creencia colectiva generalizada de que sentado detrás de una pantalla se puede cambiar al mundo, y hasta donde puedo entender la toma de la Bastilla sólo fue posible cuando la multitud convocó a las armas. Como en algún momento diría M. Serres: “No hay cosa sin un colectivo, no hay colectivo sin cosa”. En fin, como un buen amigo (Mora, 1997) dijo, y sirva esto como reflexión final, para pensar lo que existe fuera de la interconectividad, de las prácticas panópticas y sinópticas, de los drones y de sus agregados, basta con apagar los cacharros y transitar las calles.

Colofón: sobre el pensamiento mítico de la realidad virtual

En la disputa constante por imponer un fundamentalismo, la religión y la ciencia se han enfrentado en sendas batallas gestando retóricas que les amparen –en el caso concreto de lo religioso-, comprobando empíricamente que lo que se crea funciona y es popularmente bien recibido, así la ciencia lleva ventaja: Dios ha muerto pero el superhombre ya se está manifestando, a partir de la hibridación de la realidad y de la transgresión y modificación corporal de su realidad y de sus accesos a múltiples escenarios. Así, el don de la ubicuidad se ha re-creado a partir de los artefactos post-humanos.

Y disponer de esas nuevas “virtudes” y compartir ese conocimiento entre muchos es ya la premisa central de la hipermodernidad; es en la trilogía escrita por N. Yehya llamada “la ciborgización de la sociedad” (La Jornada Virtual) donde se avalan las prácticas persuasivas de la intromisión cyborg en la cotidianeidad, y donde las instituciones –hospitales, ejército, familia, comunidad- se ven seducidas por las transformaciones que proponen después de las catástrofes y/o las guerras. La compensación ante una pérdida humana se manifiesta a partir de los aditamentos posthumanos que se re-incorporan en las prácticas, los hábitos, la “mejora” del cuerpo, del organismo, del territorio y de la realidad.

Así es como se justificarían todas las estrategias políticas y económicas de expansión no sólo territorial sino corporal (Virilio, 1999; Ihde, 2002), enfocadas en las transformaciones culturales acaecidas de la época contemporánea, inmersas en la innovación tecnológica y médica que permitiría un mayor control de las prácticas, la generación de hábitos (Yehya, 2008), la validación del consumo, la asimilación/exposición en la cotidianeidad de lo tecnocientífico.

Es una conjunción llena de complejidad cultural la que se devela en todo esto, desplegada en múltiples escenarios que lograrían entrelazarse a partir de la misma dinámica del intercambio, la saturación y la categorización posthumana de información, donde todo logra concentrarse porque todo importa, la observación, el seguimiento y ubicación los actores sociales, de i. e., la tele-vigilancia en todo espacio, desde los aeropuertos, los cajeros automáticos, las plazas comerciales, el sistema de transporte colectivo, el tránsito de las urbes; asimismo se expone en el registro necesario para acceder a “ser alguien” o mejorarse como ser humano, con el uso/abuso/consumo de drogas registradas, de modificaciones corporales (implantes o prótesis), de sugerencias guiadas en las conductas alimenticias (uso de esteroides, anabólicos, vitaminas, dietas, sueros, etcétera), en la pasividad del manejo de nuevas tecnologías para la transmisión de información (redes sociales, gadgets, servidores).

Tecnociencia y cibercultura son elementos de discusión sobre la mentalidad contemporánea, su adopción sin un ejercicio crítico, podría provocar una sumisión a ciertas dinámicas autoritarias que degenerarían en una exclusión social justificada de los que sólo la asumen contra los que la controlan.

REFERENCIAS

- Aronowitz, S., Martinsons, B. & Mense, M. (1996/1998). **Tecnociencia y Cibercultura. La Interrelación entre Cultura, Tecnología y Ciencia.** (1ª ed.). Barcelona. Paidós.
- Bauman, Z. (1998/2004): **La Globalización. Consecuencias humanas.** (2da ed.). México. FCE.
- Bauman, Z. (2006/2007): **Miedo Líquido. La Sociedad Contemporánea y sus temores.** (1ª ed.). Barcelona. Paidós.
- Beck, U. (1997): **¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización.** (1ª ed.). Barcelona. Paidós.
- Bloch, M. (1924/2006): **Los Reyes Taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra.** (1ª ed.). México. FCE.
- Bouthoul, G. (1966/1971): **Las Mentalidades.** (1ª ed.). Barcelona. Oikos-Tau.

- Canetti, E. (1960/1999): **Masa y Poder**. (1ª ed.). Madrid. Alianza/Muchnick.
- Castro Nogueira, L. (1997): **La Risa del Espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica**. Madrid. Tecnos.
- Freud, S. (1921/1934): *Psicología de las Masas y Análisis Del Yo*. En: *Obras Completas IX*. (1a ed.). Madrid. Biblioteca Nueva.
- Gil Rodríguez, F. & Alcover de Hera, C. (1998): **Introducción a la Psicología de los Grupos**. Salamanca. Pirámide.
- Ihde, Don (1998/2002): **Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo**. (1ª ed.). Barcelona. UOC.
- Latour, B. (1991): "La tecnología es la sociedad hecha para que dure". En: Domenech, M. & Tirado, F. J. (comps.): **Sociología Simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad**. Pp. 109-142. Barcelona. Gedisa.
- Lotman, I. (1998). *La Caza de Brujas: Semiótica Del Miedo*. En *Criterios*. No. 35. Pp. 17-36. La Habana. 2006.
- Mailhiot, B. (1971): **Dinámica y Génesis de Grupos**. Madrid. Marova.
- Mora, M. (1997): "La veleidosa naturaleza del Internet", en **El Parpadear de Ícaro**. Pp. 65-68. Guadalajara. Tierra Adentro.
- Muñoz, J. y Vázquez, F. (2004). *Procesos colectivos y acción social*. En: Vázquez, F. (ed.): **Psicología del Comportamiento Colectivo**. pp. 15-74. Barcelona. Editorial UOC.
- Oguibe, O. (2002). *La conectividad y el destino de los no conectados*. En *Criterios*. No. 33. 135-155. La Habana. 2002.
- Serres, M. (1994): **Atlas**. Madrid. Catedra.
- Sighele, S. (1891): **La Muchedumbre Delincuente. Ensayo de psicología colectiva**. Madrid. La España Moderna.
- Simmel, G. (1957). "Las grandes urbes y la vida del espíritu" En: **El Individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura**. Barcelona. Península. 1986.
- Sloterdijk, P. (2000/2002): **El Desprecio de las Masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna**. (1ª ed.). Valencia. Pre-Textos.
- Stoetzel, J. (1970): **Psicología Social**. Valencia. Marfil.
- Virilio, P. (1995/1997): **La Velocidad de la Liberación**. (1ª ed.). Argentina. Manantial.
- Virilio, P. (1997): **El Cíbermundo, la Política de lo Peor**. Madrid. Catedra.
- Virilio, P. (1998/1999): **La Bomba Informática**. (1ª ed.). Madrid. Catedra.
- Yehya, Naief (2008): **El Cuerpo Transformado. Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ciencia ficción**. Barcelona. Paidós.
- Yehya, Nayef (01/08/2010). *La cyborgización de la sociedad*. *La Jornada Semanal*.
- Yehya, Nayef (15/08/2010). *La cyborgización de la sociedad*. *La Jornada Semanal*.
- Yehya, Nayef (29/08/2010). *La cyborgización de la sociedad*. *La Jornada Semanal*.